

PARA NUESTRO BIEN

ÉRASE una vez un cierto rabino que salió de viaje llevando consigo un asno, un gallo y una lámpara. Al llegar a una aldea ya bien entrada la noche, no halló posada y los vecinos le negaron albergue. Él se consoló diciendo:

-Todo lo que hace Dios es para nuestro bien.

Tomó entonces la determinación de pasar la noche en el bosque. Encendió la lámpara a fin de alumbrarse, pero el viento la apagó en seguida.

-Todo lo que hace Dios es para nuestro bien -dijo resignadamente.

Durante la noche, las bestias salvajes devoraron al asno y al gallo. Pero el rabino volvió a repetir:

-Todo lo que hace Dios es para nuestro bien.

A la mañana siguiente, un leñador que pasaba por allí le dio al rabino la noticia de que un destacamento de soldados enemigos, formado por varias compañías completas, había cruzado el bosque esa noche. El rabino comprendió inmediatamente que si la lámpara hubiera estado encendida o si el asno hubiera rebuznado o el gallo cacareado en la madrugada, los soldados se habrían alarmado, se habrían dirigido hacia allí y le habrían matado casi con toda seguridad. Dios se había cuidado de que las cosas salieran como salieron, para bien del buen rabino.

-Todo lo que hace Dios es para nuestro bien, dijo entonces éste una vez más.



Debemos ir delante de la gente, iluminándola, con nuestras antorchas y no detrás, quemándola.

Todos debemos ser luz del mundo; nos lo dice el Maestro Jesús.

Si no puedes ser estrella, sé al menos lámpara sencilla; pero sé luz.

LA ESTABILIDAD Y SUS VENTAJAS

San Benito ve en la stabilitas -permanencia fija, estabilidad del monje- el remedio adecuado para las enfermedades de su tiempo. Era época de migraciones constantes y desplazamientos masivos de los pueblos, con la consiguiente inseguridad. Para Benito la stabilitas significa que el monje permanece para siempre en la comunidad en la que ingresa. Esto, a su vez, significa que es como un árbol que necesita echar raíces para crecer. Los trasplantes repetidos entorpecen su desarrollo o lo frenan por completo.

Se cuenta una historia que resulta muy actual también hoy:

«Vino alguien al monje Arsenio y le dijo: "Mis pensamientos me torturan. Me sugieren cosas como éstas: tú no puedes ayunar ni trabajar; dedícate a visitar a los enfermos; también eso es caridad". Pero el anciano, que conocía bien la marca de estas tentaciones, le respondió: "Vete, come, bebe, duerme bien y no trabajes. Pero no abandones nunca tu celda". Sabía muy bien que la permanencia en la celda puede poner en orden toda la vida del monje».

¿Qué mensaje nos transmite esta vieja anécdota? Que permanecer fieles en nuestra diaria actividad, aburrida y monótona en ocasiones, es como la estabilidad de la celda para el monje: algo comenzará a transformarse en nosotros y se establecerá el orden interior. La celda -la diaria monotonía de nuestras obligaciones- nos confronta con nuestro caos interior, que se hace visible en el silencio. Ya no seremos capaces de evadirnos de él.

A.G.

BROMA TRÁGICA

Puede que no sea "políticamente correcto" en nuestra sociedad relajada citar esta anécdota, si no fuera porque es rigurosamente histórica.

El famoso jesuita P. Rubio, beatificado por Juan Pablo II, fue objeto de una desagradable, y trágica, asechanza por parte de un muchacho que acusaba al religioso de haber influido en la decisión de su novia de romper con él. Fue el martes de carnaval, 4 de marzo de 1924. Se presentó un desconocido preguntando por el jesuita para pedirle que acudiera a atender a un moribundo. Sabedor de que el lugar al que debía acudir era una casa de mala nota, fue acompañado por un amigo llamado Carlos Villameriel. Con objeto de difamarle, el joven se había metido en una cama para fingir que estaba muriéndose. Detrás de un biombo estaba apostado un amigo con una cámara fotográfica, y en el momento preciso deberían hacer acto de presencia unas prostitutas.

Al llegar preguntó:

-¿Dónde está?

-Aquí, padre; está muy malito, ¿sabe?

Al recorrer la cortina de la alcoba, el P. Rubio se detuvo y dijo:

-Ya es tarde. ¡El muchacho ha muerto!

Y, en efecto, allí estaba el cadáver.

LOS NIÑOS APRENDEN LO QUE VIVEN

Si los niños conviven con las críticas, aprenden a condenar.
Si los niños conviven con la hostilidad, aprenden a pelear.
Si los niños conviven con el miedo, aprenden a ser cobardes.
Si los niños conviven con la compasión, aprenden a compadecerse de sí mismos.
Si los niños conviven con el ridículo, aprenden a ser tímidos.
Si los niños conviven con los celos, aprenden lo que es la envidia.
Si los niños conviven con la vergüenza, aprenden a sentirse culpables.
Si los niños conviven con la tolerancia, aprenden a ser pacientes.
Si los niños conviven con el estímulo, aprenden a estar seguros de sí.
Si los niños conviven con el elogio, aprenden a apreciar.
Si los niños conviven con la aprobación, aprenden a gustarse a sí mismos.
Si los niños conviven con la aceptación, aprenden a encontrar amor en el mundo.
Si los niños conviven con el reconocimiento, aprenden a tener un objetivo.
Si los niños conviven con la generosidad, aprenden a ser generosos.
Si los niños conviven con la sinceridad y el equilibrio, aprenden lo que son la verdad y la justicia.
Si los niños conviven con la seguridad, aprenden a tener fe en sí mismos y en quienes los rodean.
Si los niños conviven con la amistad, aprenden que el mundo es un bello lugar donde vivir.
Si los niños conviven con la serenidad, aprenden a tener paz mental.
¿Con qué están conviviendo tus hijos?

DOROTHY L. NOLTE

SEVERINO BOECIO

Anicio Manlio Torcuato Severino Boecio nace hacia el 480 en el seno de una ilustre familia romana. Educado esmeradamente e instruido en letras y filosofía, se casó con Justiciana, la hija de su tutor legal. Parece que prefería la labor de profesor, pero entró en la carrera política y fue cónsul el año 510, lo que igualmente serían sus dos hijos.

El rey ostrogodo Teodorico le dio el cargo de maestro de oficios, cargo que aprovechó para hacer cuanto bien pudo. Aunque no son seguras las causas por las que vino a caer en desgracia del rey, parece que su apego al Imperio romano lo malquistó con el monarca, y se produjo su arresto cuando defendió al ex cónsul Albino. Pese a que no había hecho nada que pudiera ser considerado como un acto de traición, fue condenado a muerte y ejecutado en el año 524 en Pavía. Tenido por mártir, su culto como tal se le dio a raíz de su muerte, y fue confirmado por el papa León XIII el 20-12-1883. Dejó notables escritos, sobre todo el titulado *Consolación de la Filósofa*.

Gracias también por el dolor, que tanto enseña. Por ese dolor que me acerca a ti; siempre y cuando yo sepa descubrirte presente en el dolor. Gracias, mi Dios, por ese dolor que me asemeja a tu Cristo y que con él y en él y por él me convierte en redentor de mí mismo y de mis hermanos los hombres.

LA IMPORTANCIA DE SER LIBRE

Parábola del hombre de las manos atadas.

Érase una vez un hombre como todos los demás. Un hombre normal. Tenía cualidades positivas y negativas. No era diferente. Una vez, llamaron repentinamente a su puerta. Cuando salió, se encontró a sus amigos. Eran varios y habían venido juntos.

Sus amigos le ataron las manos. Después le dijeron que así era mejor; que así, con sus manos atadas, no podría hacer nada malo (se olvidaron de decirle que tampoco podría hacer nada bueno).

Y se fueron, dejando un guardián a la puerta para que nadie pudiera desatarle. Al principio, se desesperó y trató de romper las ataduras. Cuando se convenció de lo inútil de sus esfuerzos, intentó poco a poco acomodarse a su nueva situación.

Poco a poco consiguió valerse para seguir subsistiendo con las manos atadas. Inicialmente, le costaba hasta quitarse los zapatos. Hubo un día en que consiguió liar y encender un cigarrillo. Y empezó a olvidarse de que antes tenía las manos libres.

Pasaron muchos años. El hombre llegó a acostumbrarse a sus manos atadas. Mientras tanto, su guardián le comunicaba las cosas malas que hacían en el exterior los hombres con las manos libres (se olvidaba decirle las cosas buenas que hacían en el exterior los hombres con las manos libres).

Siguieron pasando los años. El hombre llegó a acostumbrarse a sus manos atadas. Y cuando su guardián le señalaba que, gracias a aquella noche en que entraron a atarle, él, el hombre de las manos atadas, no podía hacer nada malo (no le señalaba que tampoco podía hacer nada bueno), el hombre comenzó a creer que era mejor vivir con las manos atadas.

Además, estaba tan acostumbrado a las ligaduras... Pasaron muchos, muchísimos años...

Un día, unos hombres enterados de lo que ocurría sorprendieron al guardián, entraron en la casa y rompieron las ligaduras que ataban las manos del hombre.

-«¡Ya eres libre!», le dijeron.

Pero habían llegado demasiado tarde. Las manos del hombre estaban totalmente atrofiadas. Se habían acostumbrado a estar atadas.

